

ALEXANDER SCHMEMANN

**PARA LA VIDA  
DEL MUNDO**

Liturgia, sacramentos, misión

EDICIONES SÍGUEME  
SALAMANCA  
2019

Tradujo Francisco Javier Molina de la Torre  
sobre el original inglés *For the Life of the World* (1973)

First published by St. Vladimir's Seminary Press as *For the Life of the World*  
Copyright © 2018 by St. Vladimir's Seminary Press.  
This translation published with permission

© Ediciones Sígueme S.A.U., 2019  
C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España  
Tel.: (+34) 923 218 203 - ediciones@sigueme.es  
[www.sigueme.es](http://www.sigueme.es)

ISBN: 978-84-301-2050-5  
Depósito legal: S. 420-2019  
Impreso en España / Unión Europea  
Imprenta Kadmos, Salamanca

# CONTENIDO

<i>Presentación</i> , de Edith M. Humphrey .....	9
<i>Prólogo</i> .....	15
1. La vida del mundo .....	19
2. La eucaristía .....	33
3. El tiempo de la misión .....	61
4. De agua y del Espíritu .....	85
5. El misterio del amor .....	103
6. Pisotear la muerte con la muerte .....	119
7. Y vosotros sois testigos de estas cosas .....	135
APÉNDICES	
El culto en una época secular .....	147
Sacramento y símbolo .....	169
<i>Índice de nombres y conceptos</i> .....	189

## PRESENTACIÓN

EDITH M. HUMPHREY

Hay libros que dejan una huella indeleble en la vida de una persona. *Para la vida del mundo*, del padre Alexander Schmemmann, es un ejemplo notable. Lo leí por primera vez antes de mi crismación en la ortodoxia. Junto a la liturgia de vísperas y a los oficios divinos a los que asistí, las palabras del padre Schmemmann corrigieron con dulzura, pero con firmeza, mis malentendidos protestantes en torno a la Iglesia, el mundo y la salvación. Y originaron en mí el deseo de comprender la creación en sí, al mismo tiempo que me hicieron tener hambre y sed del *Señor* de la creación, y no solo curiosidad intelectual. Tal como insiste el padre Schmemmann, el ser humano tiene hambre, y hambre de Dios: esta afirmación despertó en mí un anhelo que solo podía quedar satisfecho por Él.

*Para la vida del mundo* no solo dejó en mí una huella indeleble, sino que como niño a quien su madre cría, fue fijando en mí todos los rasgos de la Iglesia, nuestra madre. Quienes lo lean seguramente coincidirán en que la huella era la adecuada, pues el libro nos lleva a alimentarnos y digerir en nuestro interior aquello que favorece nuestro crecimiento en la santidad. Al igual que la creación, cuyo verdadero sentido sacramental revela el padre Schmemmann, el libro ofrece una ventana a través de la cual podemos vislumbrar y deleitarnos en los misterios de nuestra fe.

Incluso antes de hacerme ortodoxa, durante más de una década regalé copias de este maravilloso libro a los amigos que se preparaban para cualquier tipo de ministerio en favor

del pueblo de Dios y del mundo. Junto a *Mero cristianismo* de C. S. Lewis, *Para la vida del mundo* se convirtió en un elemento clave, en un auxilio esencial a la hora de alentar a los amigos y estudiantes avanzados a considerar a partir de entonces los insondables misterios del cosmos, la Iglesia y nuestra función en ellos. Con frecuencia, dado que se lo entregaba a protestantes, les decía que no se vieran desalentados por el capítulo sobre la *Theotokos*, sino que perseveraran hasta el final, sin olvidar los dos apéndices —el primero de los cuales, a mi juicio, merece el precio que se paga por el libro—. El capítulo 5, «El misterio del amor», muestra que el amor del padre Schmemmann por la Madre de nuestro Señor está unido a todo lo demás que dice. Fundamental en ese capítulo es su exposición de la humanidad como varón y mujer, una enseñanza sumamente necesaria en una época de confusión como la nuestra. Lo que pensé que sería un pequeño obstáculo para el lector no ortodoxo, he terminado por verlo como la joya culminante: el desafío del padre Schmemmann a que aceptemos la «otra mitad» de la revelación cristiana sobre la humanidad y así otorguemos (junto a la Virgen Madre) nuestra «total obediencia en el amor».

Al igual que otros libros brillantes, este llegó a un público mucho mayor del previsto. En su Prólogo a la edición de 1973, el padre Schmemmann explica que lo escribió como una guía para los estudiantes que se preparaban para la misión en los años 60. Él mismo se maravillaba de cuántos, sin ser estudiantes, encontraban ayuda en sus reflexiones sobre la sacramentalidad, el secularismo y la naturaleza del mundo. También comentaba que los diez años que separaban la primera de la segunda edición le habían hecho darse cuenta de que, a causa del nuevo contexto, lo habría escrito de forma diferente. Por esa razón, añadió los dos apéndices «en otra clave» (es decir, en un estilo más meditativo y menos orientado a la práctica), completando nuestra comprensión del culto, el secularismo, la sacramentalidad y el símbolo.

El libro sigue una secuencia natural. Comienza con preguntas sobre la visión del mundo: «¿Quiénes somos?, ¿dónde estamos?», para después explorar otras cuestiones: «¿Cuál es el problema?, ¿cuál es la solución?». Estas indagaciones, junto con los dos apéndices, están imbricadas en su propio tiempo, pero van más allá de la década de los 60 y los 70, hasta incluir sin problemas a los lectores del siglo XXI.

*Para la vida del mundo* sirve de introducción sucinta a otras obras del padre Schmemmann, en las que expone la eucaristía, el sentido del bautismo, el planteamiento ortodoxo de la ascesis y demás temas fundamentales. Quienes lo lean, sin duda se sentirán invitados a ahondar en su reflexión pastoral y meditativa. El libro ofrece una atractiva entrada en la vida y el culto ortodoxos para quien no lo es, al mismo tiempo que confirma la percepción del ortodoxo que se ha encontrado antes con estas ideas, pero no ha podido profundizar en ellas. Se nos conduce a reflexionar detenidamente y a disfrutar de la importancia de la bendición; tanto de la bendición de Dios cuanto de la llamada que como seres humanos hemos recibido para «nombrar» lo que procede de Dios y, así, asumir nuestro papel «sacerdotal» en la acción de gracias. Se nos devuelve a los fundamentos al contemplar nuestra naturaleza llamada a la alabanza, el pecado original que supone negarse a dar gracias, la prisión del ser humano caído en su desobediencia ingrata (no eucarística) y el efecto revolucionario de la encarnación sobre el mundo del tiempo y el espacio. A pesar del «humilde propósito» del libro, quedamos admirados por sus implicaciones: que todo en la vida ha sido santificado por lo que ha hecho Cristo y que la Iglesia está llamada a ser el «sacramento de la presencia y la acción de Cristo».

Particularmente útil es la revelación que hace el padre Schmemmann del «camino» eucarístico de sanación, que comienza en el momento mismo en que los cristianos salen de casa para ir a la celebración. Entramos juntos en presencia de Dios, nos unimos al culto de los ángeles, somos transformados por la

Palabra sacramental, unimos nuestras respuestas sencillas a las oraciones sacerdotales de la anáfora y ofrecemos todo el mundo a este Dios que ha venido, viene y vendrá para transfigurarnos a nosotros y al universo. La misión se desarrolla a la luz de esta «liturgia de la ascensión», y es una misión que se toma en serio el tiempo y el espacio. Aunque algunos teólogos ortodoxos desprecian el tiempo como si careciera de importancia, el padre Schmemmann afirma lo contrario: «Venimos a la presencia de Cristo a ofrecerle nuestro tiempo [...] y él llena este tiempo consigo mismo, lo sana y lo hace –una y otra vez– el tiempo de la salvación».

De la misma manera que el tiempo es importante porque Cristo ha entrado en él, también lo son nuestras circunstancias humanas: casados o solteros, ordenados o laicos. «Todas las cosas han de renovarse por el amor» y todas y cada una de nuestras vocaciones humanas están relacionadas con la vida entera de la Iglesia. Sin embargo, no es esta una cuestión de mera sabiduría pastoral o de pragmatismo, pues el padre Schmemmann nos recuerda que, «para el cristianismo, la *ayuda* no es el criterio, sino la verdad». Su insistencia en la realidad (más que en la funcionalidad) como medida de nuestra fe es un correctivo oportuno para aquellos innovadores bienintencionados que pretenden vivificar la Iglesia por medio de la «relevancia», ya sea en el ámbito de la antropología, de la liturgia o del debate sobre las órdenes en la Iglesia. La pregunta fundamental ha de seguir siendo: «¿Es verdad?», porque solo entonces podemos pasar a preguntar de forma fructífera: «¿Es útil?».

Junto a este recordatorio, conviene que tengamos en cuenta la mordaz advertencia del padre Schmemmann: «Condenar una herejía es relativamente fácil. Mucho más difícil es *detectar* el interrogante subyacente y proporcionar a este una respuesta adecuada». Hubo un tiempo en que la antítesis entre lo secular y lo sagrado representaba uno de los errores predominantes que debían afrontarse. El padre Schmemmann

detectó la patología subyacente al tratar de nuestra hambre fundamental, es decir, nuestra necesidad de lo material por ser criaturas, así como el problema de que los seres humanos contemplan las criaturas como fines en sí mismos, en vez de aceptarlas con gratitud y ofrecerlas a Dios. Ahora bien, ¿qué pasa con otras cuestiones (a veces tácitas) medio siglo después? Los lectores encontrarán en estas páginas indicaciones muy valiosas sobre la manera de enfrentarse con la época presente, en la que muchos están más abiertos a la misteriosa naturaleza del mundo y del tiempo, pero padecen un subjetivismo que los aísla y cierra en sí mismos. También encontramos respuestas en torno a las divisiones actuales *en el seno de* la Iglesia ortodoxa, particularmente al observar cómo este pastor y teólogo fiel reconoce los puentes que Dios ha tendido hacia quienes no son ortodoxos, a la vez que mantiene sus pies, su mente y su corazón firmes en la tradición santa.

¿Cómo lograremos redescubrir «la unidad original y orgánica entre liturgia y sacramento» para recuperar «aquella perspectiva que puede llevarnos más allá de los callejones sin salida de nuestra situación actual»? Tengo el convencimiento de que el retorno a nuestra vocación sacerdotal en el seno de la creación, que es invitación gozosa a la acción de gracias, a la apreciación plena del tiempo como ámbito propio de la acción de Dios y a desempeñar nuestros papeles, distintos y esenciales, en la Iglesia, son los primeros pasos para responder a las cuestiones y los anhelos de la época que nos ha tocado vivir. El padre Schmemmann enseña esta doble mirada que hemos recibido de la Palabra —encarnada y escrita— y de los Padres, y que de forma misteriosa, en el aquí y ahora, recibimos «para la vida del mundo». De aquí brota el aliento que nos lleva a alegrarnos, a responder y a no tener miedo.



## PRÓLOGO

Este libro fue escrito inicialmente como una «guía de estudio» para la Conferencia cuatrienal de la Federación Nacional de Estudiantes Cristianos, celebrada en Athens (Ohio) en diciembre de 1963. No estaba destinado a ser, y ciertamente no es, un tratado teológico sistemático de la tradición litúrgica ortodoxa. Mi único propósito al escribirlo fue bosquejar, para aquellos estudiantes que se preparaban para la misión cristiana, la «cosmovisión» cristiana, es decir, el planteamiento del mundo y de la vida humana que brota de la experiencia litúrgica de la Iglesia ortodoxa.

Sin embargo, resultó que el libro llegó a lectores muy distintos de los grupos de estudiantes para los que fue escrito. Reimpreso en 1965 por Herder con el título *Sacramentos y ortodoxia*, en Inglaterra se tituló después *El mundo como sacramento*; siguieron más tarde las versiones al francés, al italiano y al griego; incluso apareció una traducción anónima al ruso por la *samizdat* clandestina de la Unión Soviética. Todo ello pone de manifiesto no tanto el mérito concreto del libro (más que nadie soy consciente de sus muchos defectos y deficiencias), sino la importancia del tema y su urgencia, que justifica esta nueva edición.

Entre las cuestiones que siguen reclamando ser iluminadas se encuentra el secularismo –la rápida y paulatina alienación de nuestra cultura, de sus mismos fundamentos, respecto a la experiencia y la «cosmovisión» cristiana que configuró inicialmente dicha cultura– y la profunda polarización que el secularismo ha generado entre los cristianos. De hecho,

mientras que algunos parecen acoger el secularismo como el fruto más granado del cristianismo en la historia, otros hallan en él la justificación para un rechazo del mundo casi maniqueo, cuya consecuencia es la huida hacia una «espiritualidad» desencarnada y dualista. Así, hay quienes reducen la Iglesia al mundo y sus problemas, y quienes sencillamente equiparan al mundo con el mal y se satisfacen morbosamente en un pesimismo apocalíptico.

Estoy convencido de que ambas actitudes distorsionan la plenitud, la *catolicidad* de la tradición ortodoxa genuina, que nunca ha dejado de afirmar la *bondad* del mundo, por cuya vida Dios ha entregado a su Unigénito, y la *maldad* en la que aquel yace (1 Jn 5, 19); no en vano, cada domingo proclama que «por medio de la cruz ha llegado la alegría al mundo» y que quienes creen en Cristo «están muertos, y su vida se halla escondida con Cristo en Dios» (Col 3, 3).

El verdadero interrogante es, por consiguiente, cómo podemos «combinar» —en la fe, en la vida, en la acción— tales afirmaciones de la Iglesia aparentemente contradictorias; cómo podemos vencer la tentación de optar por una de ellas y «absolutizarla», cayendo así en las elecciones equivocadas o en las «herejías» que con tanta frecuencia han plagado el cristianismo en el pasado.

Tengo la certeza de que la respuesta no va a llegarnos de teorías intelectuales impecables, sino sobre todo de esa constante vivencia de la Iglesia que se nos revela y comunica en su culto, en la *leitourgía*, que siempre hace de ella lo que es: el sacramento del mundo, el sacramento del Reino —su don para nosotros *en Cristo*—. Y es esta experiencia la que en las siguientes páginas procuré no solo explicar o analizar, sino ante todo *confirmar* sencillamente.

De haber tenido que escribirlo hoy, probablemente lo haría de una manera distinta. Sin embargo, no creo necesario reescribir lo que ya se ha escrito de corazón, aun cuando sea imperfecto, y además no me siento capaz. Por consiguiente,

esta reimpresión apenas sí tiene correcciones y alteraciones menores. Con todo, he añadido un apéndice formado por dos ensayos escritos en una clave «algo distinta» que, espero, puedan ayudar a comprender mejor algunas cuestiones implicadas en este libro.

Finalmente, desearía aprovechar la oportunidad de esta nueva edición para expresar mi profunda gratitud a todos aquellos que creyeron en este libro y, a su modo, lo han difundido. En concreto, me ha llenado de alegría la magnífica traducción al griego de Zissimos Lorenzatos, de Atenas. También la sencilla edición mecanografiada de mis amigos desconocidos de Rusia; el simple hecho de saber de su existencia ha sido para mí una de las experiencias más emotivas de mi vida. No puedo por menos de mostrar mi gratitud a quienes han tenido el detalle de escribirme tras leer esta obra; cada uno de sus mensajes es prueba de la afirmación gozosa de nuestra unidad «en la fe y en el amor». Por último, pero no menos importante, deseo agradecer a mis amigos David Drillock y Anthony Pluth la corrección y el cuidado de esta nueva impresión.

Enero de 1973